

Apenas se lo dije á mi ama, cuando, toda enajenada de alegría, me mandó que le hiciese entrar. No sólo le recibió con extrañas demostraciones de aprecio, sino que mandó salir á todas las criadas, de modo que el corcovadillo, más afortunado que una persona de provecho, se quedó á solas con ella. Las criadas y yo nos reímos un poco de esta visita tan graciosa, que duró una hora, al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanas expresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto, que por la noche me llamó aparte y me dijo:

— Gil Blas, cuando venga el corcovado, hazle entrar en mi gabinete lo más secretamente que puedas.

Este encargo confieso que me dió mucho en que sospechar.

Sin embargo, obedeciendo la orden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué á la mañana siguiente, le introduje por una escalera excusada hasta el gabinete de mi señora. Caritativamente hice lo mismo por dos ó tres veces, de lo cual inferí, ó que la marquesa tenía estafalarias inclinaciones, ó que el corcovadillo le servía de tercero.

Poseído yo de esta idea, me decía:

— Si mi ama se ha enamorado de un buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado.

Pero ¡cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia; y como se ponderaba su ciencia á la marquesa, que creía gustosa en los prestigios de los saltimbanquis, tenía conversaciones á solas con él. Hacía ver los objetos en un vaso, enseñaba á dar vueltas al cedazo y revelaba por dinero todos los misterios de la cábala, ó bien, para hablar con más exactitud, era un bribón que subsistía á expensas de las personas demasiado crédulas, y se decía que á ello contribuían muchas señoras de distinción.

CAPÍTULO IX

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Chaves,
y cuál fué su paradero

Seis meses hacía que yo servía á la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme más tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa había una, llamada Porcia, que sobre joven y hermosa era de carácter tan bueno, que me captó la voluntad, sin saber que me sería necesario disputar su corazón. El secretario de la marquesa, hombre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apenas advirtió mi amor, cuando, sin procurar informarse si Porcia me correspondía, resolvió que nos midiésemos la espada y me citó una mañana para un paraje retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció enemigo poco temible, y lleno de confianza, acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presunción. El secretarillo, que había aprendido dos ó tres años la esgrima, me desarmó como á un niño, y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo:

— Prepárate para morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Chaves sin pensar más en Porcia.

Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa después de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho más de presentarme ante la hermosa Helena, inocente causa de nuestro desaffo. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y

dinero, y el mismo día me encaminé á Toledo, con la bolsa bastante provista y cargado con toda mi ropa puesta en un lío. Aunque por ningún caso me había obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendría mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, y así tomé la determinación de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese.

— Con el dinero que tengo, me decía, gastándolo con discreción, tendré para correr gran parte del reino, y cuando se haya acabado me pondré de nuevo á servir, pues un mozo como yo hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad de buscarlos, y no tendré más que escoger.

Como tenía particulares deseos de ver á Toledo, llegué allí al cabo de tres días, y fuí á tomar posada en un buen mesón, en donde me tuvieron por caballero de importancia con el auxilio de mi vestido de aventuras amorosas que no dejé de ponerme, y con el aire que tomé de elegante podía fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivían en la vecindad; pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, después de haber visto todo lo que había de curioso en Toledo, salí de allí un día al amanecer y tomé el camino de Cuenca con ánimo de pasar al reino de Aragón. Al segundo día de jornada me metí en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba á refrescarme, entró una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y mientras estaban bebiendo les oí hacer mención de las señas de un joven á quien llevaban orden de prender.

— El caballero, decía uno de ellos, no tiene más que veintitrés años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña y monta un caballo castaño.

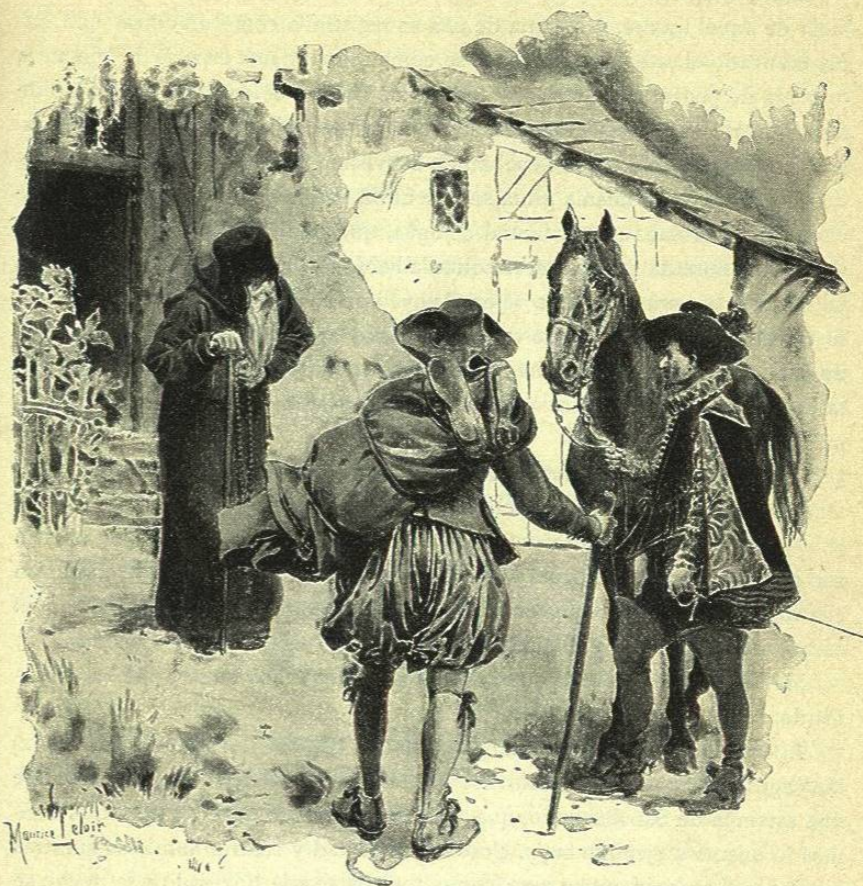
Estúvelos yo escuchando sin mostrar atención á lo que decían, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no había andado aún medio cuarto de legua, cuando encontré á un mocito muy galán que iba en un caballo castaño.

— ¡Vive diez! dije para mí, que, ó yo me engaño mucho, ó éste es el sujeto á quien buscan los cuadrilleros. Tiene el pelo largo y negro y la nariz aguileña; seguramente él es á quien quieren atrapar, y he de hacerle un buen servicio. Señor, le dije, permítame usted que le pregunte si le ha sucedido algún pesado lance de honor.

El joven, sin responderme, fijó los ojos en mí, y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguróle que ésta no nacía de pura curiosidad, y quedó bien con-

vencido de ello luego que le conté todo lo que había oído á los ministros en la venta.

— Generoso desconocido, me respondió, no puedo ocultaros que tengo



Acercámonos á él, y yo le dije

motivo para creer ser efectivamente yo á quien busca esa gente, y por lo mismo voy á tomar otro camino para no caer en sus manos.

— Yo sería de parecer, repuse entonces, que buscásemos un sitio retirado donde usted estuviese seguro y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando.

Al decir esto descubrimos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al pie de una montaña, donde encontramos una ermita.

Era ésta una grande y profunda gruta que el tiempo había socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un corral que había fabricado el arte, cuyas paredes se componían de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo, para mayor defensa, de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas, que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato, y cerca de la misma gruta se descubría una hendedura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua, que corría á dilatarse por una pradería. A la entrada de esta cueva solitaria había un buen ermitaño que parecía un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con largas ojeras, y su barba, más blanca que la nieve, le bajaba hasta la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije:

— Padre mío, ¿nos dará licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros?

— Venid, hijos míos, respondió el anacoreta después de haberme mirado con atención; mi pobre gruta está á vuestra disposición, y podréis estar en ella todo el tiempo que quisieréis. El caballo, añadió, le podéis meter en aquel corral, señalándolo con la mano, donde creo que estará bien acomodado.

Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando cayó una copiosa lluvia, mezclada de relámpagos y estrepitosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de San Pacomio, que estaba pegada á la pared, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad y cesaron también nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavía seguía lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño:

— Yo, hijos míos, no os aconsejaré que os pongáis en camino con este temporal, y más estando tan cerca la noche, á no obligaros á ello algún negocio grave y urgente.

Respondímosle que ninguna cosa nos impedía el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser éste, antes le suplicaríamos que nos permitiese pasar allí la noche.

— La incomodidad será para vosotros, respondió cortesantemente el anacoreta; tendréis mala cama y peor cena, porque sólo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos y un jarro de agua.

— Esta, dijo, es mi comida y cena ordinarias; pero hoy es razón hacer algún exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados.

Marchóse luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenía mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo:

— Veo que estáis acostumbrado á mesas más regaladas que la mía, ó más bien dicho, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo también he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares más delicados ni los guisados más exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituído la pureza al paladar. Ahora sólo me gustan las raíces, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servía de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballero se quedó como enajenado en profunda cavilación. Notólo el viejo, y le dijo:

— Hijo mío, vos tenéis atravesado el corazón con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave aflicción que os atormenta? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algún buen consejo, y vos me parecéis estar en situación que necesita bien de él.

— Sí, padre mío, respondió el caballero arrancando del pecho un doloroso suspiro; es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofrecéis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos.

— No, hijo, replicó el ermitaño, no tenéis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere.

Entonces el caballero habló de esta manera.